

ELIA BARCELÓ

UKE EL CONTRINCANTE



minotauro LABERINTO

UKE EL ΣΟΠΤΡΙΠΣΑΠΤΕ
ΕΛΙΑ ΒΑΡCELÓ

minotauro LABERINTO

Uke. El contrincante

© Elia Barceló, 2004

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2022 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1227-7

Depósito legal: B. 8.059-2022

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

0

La luz era gris, uniforme, una luz que caía del cielo y se expandía sin crear sombras por el paisaje, como en el interior de una bola de cristal. Bajo esa luz difusa y blanda, el agua del lago tenía una cualidad cremosa, mercurial, como si se pudiera caminar sobre su superficie lisa y quieta hundiéndose quizá hasta los tobillos primero, naufragando después lenta, muy lentamente hacia mitad del lago sin rizar su espejo, sin levantar una onda, sin un susurro; hundirse lentamente con los ojos fijos en la mole gris de la escarpadura, en las ruinas grises del pueblo abandonado, hasta que los ojos se llenaran de lago quieto y espeso, y la nariz y la garganta y los pulmones quedaran anegados, grises, en calma. Y la sangre se volviera de plata.

Se levantó un vientecillo fresco que rizó el agua del lago y rompió su perfección de acuarela antigua. Un viento que hizo crujir las ramas desnudas y danzar el polvo ante sus ojos, un ruido seco en los oídos que puso medida al silencio.

«He llegado», se dijo. «Si hay algún lugar como el que busco, es éste el lugar».

Se acomodó la mochila a la espalda y, bordeando el lago, empezó a subir el sendero que llevaba a las ruinas de lo que alguna vez debió de ser una hermosa ciudad. Las piedras grises rodaban cuesta abajo a su paso, levantando polvo. En algún momento del año, con las lluvias, el camino sería una torrentera, pero ahora estaba seco y muerto, tanto como las tierras que lo circundaban, como el cielo, como el pueblo.

Siguió caminando sin detenerse a tomar aliento, deseando llegar arriba y verse al fin por encima de aquel paisaje desolado, comprobar tal vez que, a pesar de todo, no era lo que buscaba y regresar al mundo, a la civilización, a las pesadillas que en ese momento estaban empezando a parecerle un precio muy bajo a cambio de salir de aquel lugar de muerte.

Llegó por fin a la entrada del pueblo que en otros tiempos debió de ser una ciudad fortificada: un gran arco de piedra con lienzos de murallas a ambos lados y enormes marcas en los muros de gigantescas puertas que ya no existían. Había esperado ver el lago desde allí, pero el camino se había ido curvando imperceptiblemente y la vista quedaba detrás de la muralla de su izquierda. A la derecha se apreciaba una sierra picuda y gris en la distancia, detrás la torrentera, delante una calle empedrada de grandes losas polvorientas, con hierba alta y seca en las juntas.

Y el silencio. Un silencio casi tangible, seco, tenso, antiguo. Un silencio que forzaba a respirar con cautela, a caminar de puntillas para no despertar a los muertos.

Casas de piedra apoyadas unas en otras, firmes todavía, de ventanas cegadas con tablones carcomidos y puertas de enormes cerraduras, rojizas de herrumbre, todas con signos incomprensibles, pintados deprisa y sin cuidado en algún tiempo remoto con una pintura que debió de ser roja.

Más calles, más casas, puertas de gallinero de alambre oxidado y retorcido que chirriaban y batían ocasionalmente empujadas por el viento, huertecillos desolados... Una plaza por fin. La plaza del pueblo, donde en otros tiempos debieron de reunirse los vecinos, grande y cuadrada, con una enorme iglesia, su puerta atrancada por un aspa gigante con clavos como puños, un edificio con una torre maciza y un reloj sin saetas, su esfera tan vieja como el tiempo y, en el centro, una fuente seca donde un dragón cubierto de escamas, esculpido en la cruda piedra gris de la región, abría sus fauces interminablemente, las alas desplegadas, las garras listas para el ataque; lo más vivo en aquel lugar de olvido y silencio.

Contempló largamente el dragón, como si también su cuerpo se hubiera vuelto de piedra, tratando de seguir la cadena lógica de su propia presencia en aquel pueblo del páramo, pero nada era lógico. Todo había sido obra de la casualidad, de la depresión, de las pesadillas. Había estado buscando, para combatirlo o para entregársele, lo que había destrozado su vida en los últimos meses y, de una forma al límite de su comprensión, había llegado hasta allí tratando de encontrar una respuesta o un destino.

Pero el lugar estaba mudo. Había poder allí o lo había habido en otro tiempo; podía sentirlo en el vello de su cuerpo, de su nuca, que se electrizaba apenas cuando su mirada se posaba en la puerta tapiada de la iglesia, atrancada de un modo excesivo, exagerado, como si se tratara no de impedir que alguien entrara a robar unos tesoros que la pobreza del pueblo desmentía, sino de evitar por todos los medios que algo saliera de allí. Un escalofrío le recorrió la columna, sintió cómo su estómago se contraía a impulsos de un miedo indefinible y apartó la mirada de la iglesia.

Su reloj marcaba las doce en punto. En un acto reflejo, echó un vistazo al reloj de la torre y encontró la esfera muda, como un ojo vacío en mitad de la torre.

Salió de la plaza a pasos largos y rápidos, deseando recorrer el pueblo y salir de allí cuanto antes. Tenía que haberse equivocado. No había más que silencio. Polvo y silencio. Olvido y soledad. Pero quería asegurarse, luego se marcharía.

Un calor en la espalda que le puso la piel de gallina hizo que se volviera ya en la esquina de la plaza.

No había nada.

El dragón seguía allí, con su mirada fija, de piedra, nítidamente recortado contra el fondo de la puerta de la iglesia, las aspas de la barricada saliendo aparentemente de su cuerpo como las tibias cruzadas bajo una calavera. Por un segundo tuvo la impresión de que sus ojos sin párpados se habían movido. Sintió un intenso escalofrío que recorría su cuerpo como una ola y salió de la plaza sin volverse más.

Siguió caminando cada vez más deprisa sin decidirse a empujar ninguna puerta, pendiente sólo de los mínimos ruidos que formaban el silencio polvoriento del lugar. Entró en un callejón cerrado a la derecha por la muralla y a la izquierda por la parte trasera de unas casas de dos y tres pisos, de ventanas altas, sin tablas. Si fuera posible encontrar un acceso a la muralla, podría mirar el interior de las casas sin tener que entrar en ellas. Tenía que haber alguna escalera en la roca, las murallas estaban hechas para proteger y vigilar; tenía que haber alguna forma de subir.

La calle se curvaba dirigiendo sus pasos hacia la entrada del pueblo, quizá la misma que había recorrido antes, quizá otra; no había manera de orientarse en aquel laberinto de piedra bajo aquel cielo traslúcido donde la luz venía de todas partes. Encontró por fin una escalera de peldaños gastados por el uso y resquebrajados por siglos de inviernos duros. Subió con cuidado, apoyando los pies lo más lejos posible del borde, afianzándose.

Seis escalones. Uno más ancho. Seis más. Otro descansillo. Otros seis.

Y entonces el viento en la cara, el espacio abierto, el lago a sus pies. Y la voz:

—¿Vienes a quedarte?

Sintió un principio de vértigo y dio un traspie sobre las piedras sueltas del suelo de la muralla. Cuando consiguió enfocar la vista hacia la voz, una niña formaba barrera con un niño, obviamente su hermano gemelo, ocultando algo que estaba detrás de ellos y a sus pies. Era evidente que no querían que nadie viera su tesoro, fuera lo que fuera, y por eso se acuclilló hasta quedar a la altura de sus ojos.

La niña preguntó otra vez:

—¿Eres de los iluminados?

El niño miró a su hermana una fracción de segundo y ella bajó la vista.

—Es que sólo puedes quedarte con nosotros si sabes crear algo, ¿comprendes? —dijo él con rapidez, como queriendo cu-

brir el desliz de la niña—. Aquí son todos creadores, artistas, ¿sabes? Cuadros, figuras, libros, lo que sea. Somos muy pocos, pero somos una colonia de artistas. ¿Tú qué sabes hacer?

—No sé; así, de momento... —Su propia voz le sonó extraña y distante sobre el silbido del viento—. Antes era... bueno... soy ceramista.

—¡Ah!, entonces sí. Hay ya otros dos, pero supongo que da igual.

—¿Hay más gente aquí?

—Claro, pero ahora están comiendo o durmiendo la siesta. Anda, ven con nosotros, te llevaremos a la casa.

—¿A vuestra casa?

—Aquí todo es de todos. Ven.

La niña le tendió una mano de uñas rotas y grises de polvo y su hermano se quedó atrás unos segundos, hasta que estuvieron en la escalera desde donde ya no se veía el lugar en el que habían estado hablando.

Recorrieron unas cuantas calles en silencio, lanzándose miradas ocasionales, desviando los ojos inmediatamente, hasta que llegaron a una casa tan muerta y cerrada como las otras. La niña soltó su mano y los tres se quedaron un momento callados frente a la puerta.

—Anda, entra. Te esperan.

Avanzó hasta el umbral y apoyó la mano en el pomo de la puerta, sintiendo el miedo que surgía en su interior y una ligera vibración que se extendía por todo su cuerpo. Se volvió un instante. Los niños miraban la escena con intensa fascinación. Los dos tenían los ojos verdes.

—Entra.

Bajó el picaporte con toda la fuerza de su brazo. Un golpe seco. Luego un leve chirrido y la oscuridad grisácea del interior. Entró.

PRIMERA PARTE

España, 1987

I

—¿Qué? ¿Qué tal va eso?

Jorge se encogió de hombros mientras se miraba los pantalones:

—Pues más o menos como la última vez. Me temo que no he progresado mucho.

—¿Has hecho los deberes?

—Sí, claro.

Se agachó a buscar la cartera, revolvió un poco, sacó un par de hojas escritas a mano y se las pasó a su psiquiatra por encima de la mesa.

—No, hombre, esto no es un taller literario; quiero que me cuentes tus conclusiones. Si no recuerdo mal, la tarea consistía en que trataras de averiguar la causa o las causas básicas de la depresión, ¿no es eso?

—Entonces ¿está claro que es depresión?

—Tienes todos los síntomas: dolores de cabeza, insomnio y rachas de sueño profundo del que te despiertas con la sensación de no haber descansado, sequedad de piel, vamos... de todo.

—También tengo motivos.

—Nadie dice que no los tengas, pero hay gente que con los mismos motivos no se enferma y otros sí. No es grave, puede tratarse y se cura, ya verás. Anda, cuéntame.

—No sé por dónde empezar.

—Espera, haré un resumen.

Abrió la carpeta que tenía encima de la mesa y leyó con rapidez tres o cuatro hojas.

—Hasta ahora sabemos que tus síntomas empezaron a manifestarse con claridad cuando Rosa se fue de casa sin dar explicaciones y sin dejar ninguna indicación ni de sus motivos ni de su paradero. Las cosas ya iban mal entre vosotros, pero tú estabas convencido de que os queríais lo suficiente como para superar los problemas y que todo funcionara de nuevo. El hecho de que Rosa desapareciera de la noche a la mañana es lo que más te ha afectado. Tienes la impresión de haberle fallado y, a la vez, de que ella no te ha permitido ayudarla. También te sientes herido y traicionado. Creo que la semana pasada nos quedamos ahí, ¿no? Ahora dime qué has pensado tú.

Jorge se pasó la mano por los ojos y se aclaró la garganta:

—No sé, Marina. ¡Es todo tan absurdo! Nosotros nos queríamos. Llevábamos tres años viviendo juntos y todo había ido muy bien; pensábamos incluso en casarnos, y entonces, sin saber bien cómo, empezamos a distanciarnos. Ella empezó a tener fuertes dolores de cabeza, pesadillas, rachas de insomnio. A veces me despertaba a media noche y me la encontraba fumando en el balcón, temblando. No quería quedarse en casa sola, se sobresaltaba por cualquier cosa, ruidos y eso, tenía miedos raros...

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Cómo reaccionaste tú?

—Mal, supongo. Me daba risa. Ella siempre había sido muy serena, muy estable. Al principio pensamos que podía estar embarazada, nos ilusionamos incluso, pero no era eso. Yo pensaba que tomándole el pelo, tomándomelo a risa, ¿entiendes?, desaparecería. Ella siempre había tenido un gran sentido del humor. De hecho es lo que al principio más me atrajo de Rosa, que se reía de todo, que me hacía reír a mí. Pero no. Ella cada vez lo hablaba menos conmigo, trataba de hacer como que no pasaba nada, y yo le estaba agradecido y tampoco decía nada. Se me ocurrió que podía haber otro, pero se lo pregunté y me dijo que no.

—Y la creíste.

—Claro. No me había mentido nunca. De todas maneras me informé un poco con los amigos, ya sabes, sobre todo cuando empezaron a ir mal las cosas en la cama, pero al parecer no había nada de eso. Debe de ser que dejó de quererme de golpe y quería irse de casa, pero no se atrevía a decírmelo, sentimiento de culpa y esas cosas, supongo, hasta que no pudo más y se marchó sin decir nada por miedo a enfrentarse conmigo.

—¿Es ésa tu opinión?

Jorge hizo una mueca con los labios y se encogió de hombros, mientras con una mano se tironeaba el pelo de la nuca.

—No sé. Me imagino que sí.

—Entonces, si para ti está claro, no tienes nada que reprocharte. Ella dejó de quererte y se fue. Hiciste todo lo posible por retenerla y no pudiste porque una pareja sólo sobrevive si los dos quieren. Uno solo no basta.

—Sin embargo, Marina, no es normal que Rosa hiciera eso, no es su estilo. Ella siempre ha sido partidaria de hablarlo todo, de las cosas claras...

Hubo una pausa. Tranquila, mirando el lápiz que tenía en la mano, Marina esperó a que Jorge siguiera hablando.

—Si no fuera por lo idota que resulta, diría que Rosa no se fue por su voluntad.

Marina levantó la vista.

—¿Y qué sugieres? ¿Secuestro? ¿Suicidio?

Jorge sacudió la cabeza lentamente.

—No lo sé. ¿Crees que podría haberse suicidado?

—¿Lo crees tú? Yo no la conozco.

—No. No lo creo. He pensado también que podría haberse metido en una secta, pero la verdad es que tampoco me lo creo.

Cruzó por su mente la última noticia que tenía de Rosa, aquellas cuatro líneas que se sabía de memoria y que tan poco aclaraban sobre sus motivos y su paradero, aquellas cuatro líneas que la hacían parecer una loca, presa quizá de una misteriosa secta esotérica y, casi de inmediato, como llevaba meses haciendo, la rechazó.

—¿Has hablado con la policía?

—Es mayor de edad y ni siquiera es mi mujer legal. Le he preguntado a todos los conocidos y nadie sabe nada. Con su madre no está. Lo único que he hecho es quedarme en el piso por si vuelve o llama, aunque la verdad es que se me cae encima, y tampoco me lo puedo permitir sin el sueldo de Rosa.

—Mira, Jorge, si llama o vuelve sabe dónde buscarte; tenéis amigos, hay miles de formas de localizarte. Si el piso te vuelve loco, lo que es comprensible, lo mejor es que te busques algo más pequeño y más barato, sin recuerdos. Has esperado tres meses, también tienes que hacerte a la idea de que quizá no vuelva más. No es seguro, pero puede pasar.

—Pero ¿por qué se ha ido, Marina? Y, sobre todo, ¿por qué se ha ido así?, y ¿adónde?

—¿Son ésas las preguntas cruciales, Jorge?

Jorge la miró intensamente y respiró hondo antes de contestar.

—Si supiera eso, si pudiera hablar con ella y averiguarlo, creo que podría volver a vivir, creo que podría aceptarlo todo. Pero tengo que saberlo.

—Entonces piénsalo hasta la semana que viene y escribe tus conclusiones.

—Pero ¿qué te crees que he estado pensando estos tres últimos meses? —dijo Jorge casi gritando—. ¿Qué crees que me está volviendo loco? ¿Crees que voy a dar con la respuesta sólo con pensar?

—¿Y tú crees que voy a encontrar yo la respuesta si tú tienes todos los datos y no la encuentras?

—¿Cómo dices? —La voz de Jorge se hizo insegura.

—Jorge, muchas veces el comportamiento de una persona en un momento clave ha sido ya anunciado mucho tiempo antes en gestos, palabras, conversaciones, miradas, cosas sin importancia aparente que si se estudian una detrás de otra objetiva, desapasionadamente, resultan muy reveladoras.

Jorge no rompió el silencio esta vez. Marina continuó:

—Piensa en todo lo que hizo y dijo Rosa desde que empe-

zaron vuestros problemas hasta que se fue y escríbelo. Luego me lo traes y juntos lo analizaremos. Quizá podamos contestar a tus preguntas.

Él asintió con la cabeza y siguió hundido en su silla, en silencio.

—¿Qué piensas, Jorge?

Levantó la cabeza como asustado, como si se hubiera olvidado de que Marina estaba frente a él, pendiente de sus reacciones.

—Estaba pensando en lo que te he dicho hace un momento. Lo de cuánto nos reíamos juntos, ¿te acuerdas? Pues me acabo de dar cuenta de que en los últimos meses, antes de que se fuera, ya no nos reíamos nunca.

—Y eso era importante para ti.

—Muchísimo. Ni yo mismo sé bien por qué. Supongo que tiene relación con donde me crié. Era un buen sitio y me trataban bien, pero todo era siempre terriblemente serio, ¿sabes? No había risa, risa buena, espontánea, natural. Allí nadie tenía sentido del humor y se consideraba casi de mal gusto que uno lo tuviera. Con el tiempo, me acostumbré, y cuando conocí a Rosa, ya con las primeras frases, empecé a sentir como si la capa de hielo que se me había formado por encima a lo largo de los años empezara a derretirse.

—¿Fue amor a primera vista?

—No, no —contestó Jorge con una sonrisa—. Tardé por lo menos tres o cuatro horas en enamorarme.

Marina se echó a reír y Jorge la acompañó durante unos segundos.

—Pero cuando me enamoré del todo, como un imbécil —continuó con expresión soñadora—, fue a la semana siguiente, cuando vino a recogerme a una casona de las afueras, donde estábamos rodando una película de terror, la película más mala que he hecho en la vida. Aún me da vergüenza cuando lo pienso.

—Cuéntame.

—En aquella época no me iba del todo mal, pero aceptaba cualquier cosa, lo que fuera, para que no se olvidaran de mí y

porque en esta profesión nunca sabe uno qué puede salir de un proyecto, por espantoso que sea. Se conoce gente, te ven, sueñas y a lo mejor te llama alguien para ofrecerte algo realmente bueno. El caso es que yo hacía de protagonista de aquel horror donde tenía que enfrentarme a una especie de masa de material biológico escapada de un laboratorio, que había adquirido conciencia de sí misma y andaba por ahí devorando gente y aprisionando sus almas o sus mentes, o algo así. —Soltó una carcajada corta, recordando algo que Marina aún no podía compartir—. Perdona, ya sigo. El guion estaba escrito a patadas, pero el monstruo... —Volvió a reírse sin poder evitarlo—. El monstruo era, de verdad, lo último... una especie de montón de gelatina de dos metros de alto que se desmoronaba cada dos por tres y que los técnicos tenían que sujetar por detrás con unas varillas para que se moviera como si tuviera vida. Lo malo era que la gelatina resbalaba por las varillas y llenaba a los pobres chavales de masa y soltaban tacos constantemente mientras yo trataba de concentrarme y poner cara de espanto. La idea era que yo trataba de destruirla y la masa aquella tenía que estirarse hacia mí y, poco a poco, ir envolviéndome. Pero no funcionaba; caía para donde le daba la gana y la cosa era de un ridículo espantoso. Aquello no le habría dado miedo ni a un crío de dos años.

»Al cabo de tres horas de tomas falsas la gente estaba histérica, como te puedes figurar, pero no nos podíamos permitir dejarlo para el día siguiente porque estábamos fatal de presupuesto. Y entonces apareció Rosa. —Jorge volvió a soltar una carcajada—. Todos tan serios, tan tensos y tan hartos, tratando de rodar una escena que pudiera valer, y llega Rosa, me ve allí, delante de la masa, lleno de gelatina y dice «pero Jorge, pareces una fresa en un pastel», y se echa a reír, y de repente estamos riéndonos todos, el monstruo acaba de desmoronarse y terminamos todos revolcándonos por el suelo muertos de risa mientras el director se pone a dar gritos y a insultar al padre de todos los presentes. Nunca me había reído tanto como aquel día, te lo juro. Tardamos casi media hora en poder mirarnos

otra vez a la cara y no estallar en risotadas. Y lo gracioso es que esa misma noche terminamos la escena y no quedó del todo mal. Supongo que estábamos ya tan relajados que conseguimos concentrarnos durante unos minutos y salió a la primera. Fue genial. Cuando salí de la ducha y miré a Rosa, supe que quería tenerla a mi lado mientras viviera.

Hubo un silencio que Marina no rompió.

—Nunca me he arrepentido —dijo Jorge en voz baja, sin asomo de risa ya—. Y ahora la he perdido. Y no sé por qué.

Miró su reloj con un gesto brusco y se levantó para marcharse.

—Perdona, me he pasado un par de minutos.

—Tranquilo. Haz lo que te he dicho. Piensa y escribe. Y piensa también en cosas buenas y divertidas como las que me acabas de contar; eso ayuda. ¿Tomas las píldoras?

Jorge asintió.

—¿Duermes mejor?

—No mucho.

—Tómate otra antes de la cena. ¡Ah!, y recuerda lo de siempre: no pienses todo el tiempo y de cualquier manera. Si decides cambiar de piso, ocúpate de eso y del trabajo y de lo que sea, y una hora o dos al día, cuando te creas capaz, siéntate, relájate, piensa en el problema, escríbelo y sigue tu vida normal, ¿de acuerdo?

Jorge volvió a asentir, llegó hasta la puerta y regresó a la mesa para estrechar la mano de Marina.

—¡Hasta el miércoles!

El hombre guapo que había estado riéndose frente a ella unos minutos atrás había vuelto a dejar paso al hombre triste y angustiado que había llegado a su consulta hacía un par de semanas.

—¡Hasta el miércoles, Jorge! Si pasa algo, ya sabes, llámame a cualquier hora.

Lo vio salir con los hombros encogidos y la cabeza gacha, y suspiró. Le resultaba simpático aquel chico tan enamorado de una mujer que posiblemente habría tenido sus razones para abandonarlo. «En fin», se dijo, «ya veremos. Él es más fuerte de

lo que piensa. Ahora una visita más y se acabó. A casa. Un baño caliente, una buena cena y a dormir».

Pulsó la tecla del comunicador:

—Lola, pasa al siguiente.

—Acaban de llamar de la comisaría, Marina. Han cogido a un tío que ha matado a tiros a ocho personas desde la torre de una iglesia. Quieren a un psiquiatra inmediatamente. ¿Le digo a la señora que se vaya?

Marina echó un vistazo a su agenda:

—Cítala para mañana a las ocho y discúlpame. Llama a comisaría y di que voy volando. ¡Ah!, pídemme un taxi. Y vete a casa, tú que puedes.

Jorge salió de la consulta mucho más deprimido de lo que lo había estado al entrar. Se había hecho de noche y había empezado a nevar ligeramente, una nieve seca que dejaba una delgada capa blanca sobre los coches y los tejados, como azúcar sobre un bizcocho. Caminó arrastrando los pies hasta la parada del autobús, sintiendo cómo la nieve se deshacía bajo sus zapatos, cómo los pies se le iban enfriando; pronto empezarían a dolerle si tenía que esperar mucho rato el maldito autobús. Llevaba dos días sin Loco, su bicicleta, porque había tenido la mala suerte de meter una rueda en los raíles del tranvía y había tenido que llevarla al taller, así que ahora, si no quería caminar casi una hora bajo la nieve, tendría que tomar el autobús para llegar a casa. Y cuando llegara no habría luz en la cocina ni en la sala de estar, no olería a comida, no habría beso de bienvenida, ni siquiera malas caras o discusiones; no habría más que oscuridad y vacío y olor a cerrado. Y preguntas. Las preguntas de siempre rodeando los objetos cotidianos, los muebles, los pósteres que habían elegido juntos, la cama alta con mosquitera azul que Rosa y él habían construido en un fin de semana agotador tres años atrás.

Era la primera vez que se iba a vivir con una mujer. Pisos compartidos había habido muchos, los clásicos pisos de estu-

diantes de los que nadie se preocupa, donde los platos sucios se amontonan en la cocina y el lavabo parece el de un lugar público. Él estaba acostumbrado a vivir con otras personas, compartiendo gastos y tareas, pero nunca había encontrado a una mujer con la que pudiera plantearse la posibilidad de convivir. Hasta que conoció a Rosa, cuando ya casi había dado por definitivo su estado de soltero libre y sin compromiso, y toda su concepción del mundo había cambiado en unas horas.

Durante toda su vida había creído que el amor era un invento de los poetas o un espejismo estimulado por las hormonas que se consumía a sí mismo sin dejar rastro, como un fuego de paja. Había llegado a los treinta años con una breve lista de relaciones intensas pero de corta duración y la convicción cada vez más arraigada de que ni su carácter ni su profesión le permitirían nunca otra cosa que cortos períodos de enamoramiento seguidos de decepciones y desinterés. Por eso cuando conoció a Rosa no pensó de momento que pudiera ser la mujer de su vida, ese cliché en el que había dejado de creer al dejar atrás la infancia. Pensó nada más que era de las pocas mujeres con las que le gustaría no sólo pasar la noche, sino despertarse a su lado por la mañana. Y eso en él ya era mucho.

Se habían conocido en una fiesta que daba una compañera de reparto para celebrar sus treinta años, y Rosa le había llamado la atención primero por su sonrisa y luego porque era la única entre todos que no tenía ninguna relación con el teatro. Sin decidirlo se había encontrado hablando con ella de toda clase de cosas en una conversación punteada de risas y frases ingeniosas que los había apartado de los demás hasta que terminaron sentados en el balcón con una cerveza en la mano, fumando cigarrillo tras cigarrillo, cada vez más aislados de todos hasta que se dieron cuenta de que, salvo la anfitriona, eran los últimos en la casa.

—Pues me temo que nos va a tocar a nosotros arrimar el hombro —dijo Rosa, levantándose y desperezándose como un gato mientras echaba una mirada divertida a la sala de estar por la que parecía haber pasado un huracán.